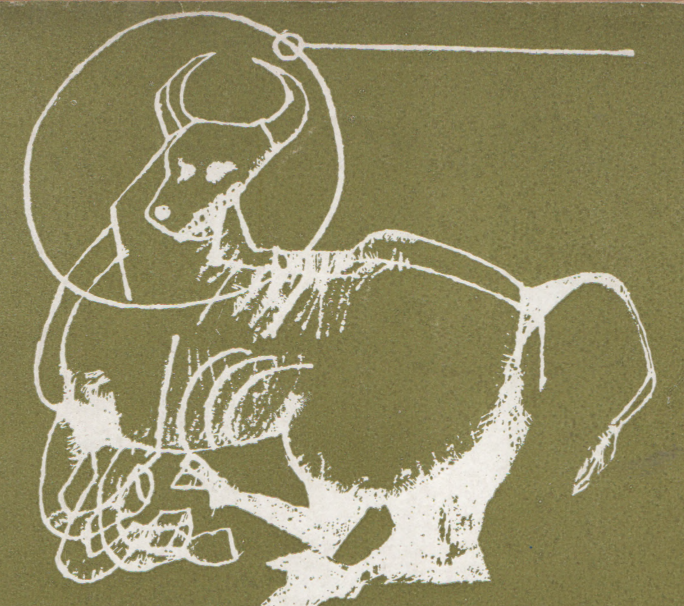
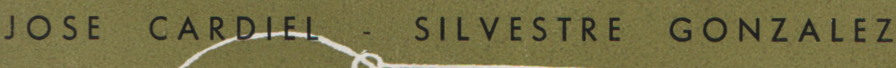
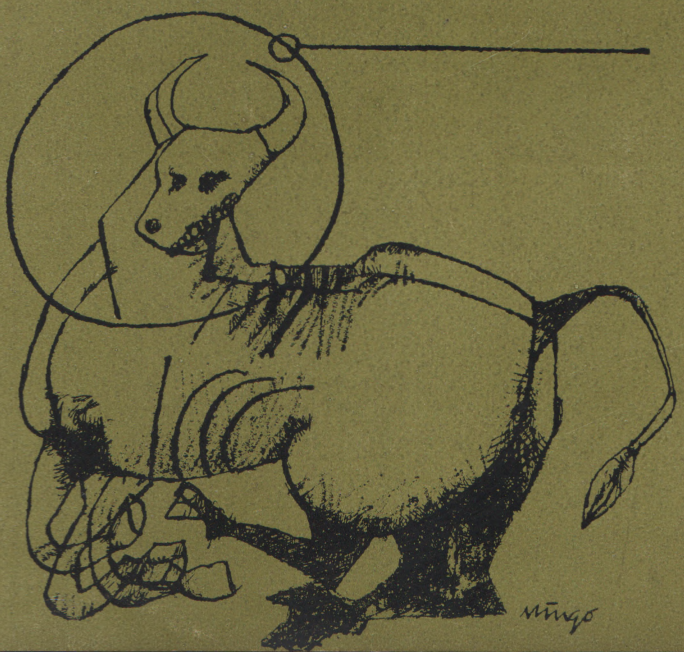


LAS VAQUERIAS DEL MAR



JOSE CARDIEL - SILVESTRE GONZALEZ







JOSE CARDIEL - SILVESTRE GONZALEZ

LAS VAQUERIAS DEL MAR

Introducción y notas del Ing. Esteban Campal

Introducción

El factor económico determinante de la mayor prosperidad de los pueblos guaraníes del Río Uruguay, integrantes con los del Río Paraná de las Misiones Jesuíticas del Paraguay, fue el ganado bovino, cuantioso capital en semovientes que extraían del pródigo criadero natural llamado la Vaquería del Mar, cuyo núcleo principal se encontraba en la privilegiada región pastoril del sureste uruguayo que tiene como centro la cuenca del Río Cebollatí.

La Vaquería del Mar fue descubierta a principios de 1680, por una partida de vaqueros tapes del pueblo de Yapeyú que comandaban los Padres de la Compañía de Jesús, Gerónimo Delfín y Domingo Rodiles, justamente por los mismos días en que el portugués Manuel Lobo estaba haciendo construir los primeros ranchos pajizos de la Colonia del Sacramento, coincidencia fortuita que merece señalarse por la gravitación que tuvieron ambos hechos en la gestación del Uruguay como nación independiente. Algunos años después los vaqueros de Yapeyú iniciarían la extracción de ganados cimarrones de la Vaquería del Mar, con destino a los pueblos de Misiones que hasta entonces habían tenido un desarrollo lento y aleatorio; con este aporte pudieron mejorar rápidamente su nivel de vida y emprender conquistas más avanzadas, tanto en lo económico como en lo social y espiritual.

Esos ganados los abastecían de la mayor parte del alimento, sebo, cueros y bueyes, quedando disponible de este modo un excedente considerable de fuerza de trabajo que pudo ser volcado íntegramente al desarrollo progresivo de los pueblos mediante la labor, del común y para el común, técnicamente planificada y dirigida por expertos sacerdotes y hermanos jesuitas que eran enviados con ese propósito desde los centros más evolucionados de Europa.

El eje de este desarrollo lo constituía el "tupambaé" *una modalidad original del viejo comunismo cristiano que operaba por la vía de los estímulos morales, sustentados por un auténtico bienestar del indio guaraní. Fue recién entonces que pudieron materializarse esos "milagros" de la selva cuyas ruinas siguen motivando la melancólica meditación del viajero: las iglesias imponentes, de ciclópeos sillares de arenisca roja y férreos urundayes, levantadas bajo la experta dirección de consagrados arquitectos europeos, por millares de indios fervorosos y felices.*

En esta selección de textos misioneros se transcriben dos testimonios de primera mano: el primero —del P. José Cardiel— nos recuerda los aspectos más salientes de la actividad cotidiana de los pueblos de Misiones en su apogeo; asistimos luego, con el Hno. Silvestre González, a una gigantesca vaqueada que estaban realizando varios pueblos de las Misiones del Uruguay, en la Vaquería del Mar, durante la primavera de 1705.

Esteban Campal

José Cardiel, S. J.

Breve relación de las Misiones del Paraguay

José Cardiel, natural de España, ingresó a la Compañía de Jesús, Provincia Jesuítica de Castilla, en 1722, y habiendo integrado el contingente de sacerdotes y hermanos jesuitas que viajara en los mismos barcos que el segundo grupo de familias canarias pobladoras de Montevideo, llegó a su destino, las Misiones del Paraguay, a principios de 1731, permaneciendo en ellas veintiocho años. "Visité todos los pueblos y territorios de las misiones muchas veces, ya con oficio de párroco, que lo fuí en seis pueblos sucesivamente, ya de compañero de los curas, y en otros muchos empleos".

Recién a más de un año de la orden de extrañamiento de los Jesuitas se alejó de las Misiones con rumbo a España, en diciembre de 1768, pasando poco después a Italia. "Bastante anciano, docto y de mucha práctica en las célebres Misiones de los Guaraníes del Paraguay" redactó en Bolonia, hacia 1770, la relación del título, seguramente la crónica más veraz e ilustrativa que se haya escrito a propósito de la vida espiritual y temporal de los Treinta Pueblos Guaraníes.

Seleccionados y ordenados según las materias referidas en los títulos que no pertenecen al original, los fragmentos que se transcriben —apenas una vigésima parte del texto completo— fueron extraidos de la versión que brinda el *P. Pablo Hernández, S. J.* en su obra *"Organización Social de las Doctrinas Guaraníes de la Compañía de Jesús"* (Barcelona, 1912), T. II, Doc. Nº 47, pp. 514-616; corresponden a los aspectos más salientes de la vida económica de los pueblos y el texto ha sido levemente sintetizado. Se intercalan las aclaraciones (entre paréntesis) y se agregan las notas explicativas, más imprescindibles.

Los pueblos

La planta de todos los pueblos es uniforme, con una plaza de 150 varas en cuadro o más, rodeada por tres lados de las casas más aseadas y con soportales más anchos que las otras; en el cuarto lado está la iglesia con el cementerio a un lado y al otro la casa de los Padres. Además de esto, hay en cada pueblo casa de recogidas *(para viudas y esposas jóvenes en caso de ausencia de sus maridos)*, almacenes y graneros para los géneros del común y algunas capillas.

Todas las calles están trazadas a cordel y tienen de ancho 16 a 18 varas. Las casas todas tienen soportales de tres varas de ancho o más, de manera que cuando llueve, se puede andar por todas partes sin mojarse, excepto al atravesar de una calle a otra. Las casas de los indios son todas uniformes: ni hay una más alta que otra, ni más ancha o larga; y cada una consiste en un aposento de siete varas en cuadro, sin más alcoba, cocina, ni retrete. En él está el marido con la mujer y sus hijos; y alguna vez *(mientras se le construye su casa)* el hijo mozo con su mujer. Todos duermen en hamaca, no en cuja, cama o suelo. Hamaca es una red de algodón, de cuatro a cinco varas de largo, que se cuelga por las puntas de dos pilares o de los ángulos de la pared, levantada como tres cuartas de la tierra; les sirve también como silla para sentarse. Y es cosa tan cómoda que muchos españoles, aun de conveniencias, las usan. Si es verano es cosa fresca y si hace frío, ponen encima de ella alguna ropa. Siempre están sentados en su hamaca o en una sillita que hacen siempre muy baja, o en el suelo que es lo más corriente, o en cuclillas. Las paredes de las casas son de piedra o de adobes de tres cuartas a una vara de ancho y los pilares de los soportales también de piedra o madera; y todas cubiertas de teja.

Los demás pueblos que hay en el Paraguay, son de casas de paja y paredes de barro y palos, como las de las sementeras *(chacras)* de nuestros indios.

Las iglesias

La iglesia no es más que una, pero tan capaz como las catedrales de España. Son de tres naves y la del pueblo de la Concepción de cinco. Tienen de largo setenta, ochenta y aún más varas; de ancho entre 26 y 30. Hay dos de piedra de sillería; las demás, son los cimientos y parte de lo que a ellos sobresale, de piedra y lo restante de adobes; todo el techo que es de madera estriba en pilares de madera. Primero se hace el techo y tejado, y después las paredes, del siguiente modo: en la parte de las paredes y en la de las naves del medio, se hacen unos hoyos profundos de tres varas y de dos de diámetro. Córtanse para pilares unos árboles que allí hay, más fuertes que la encina y roble de Europa *(seguramente se refiere al "urunday");* y no se cortan del todo, sino que se sacan con mucha parte de raíces. Tráense al pueblo con 20 ó 30 yuntas de bueyes, por su mucha longitud y peso. Acomódase la parte de sus raíces para que pueda entrar al hoyo y se chamuscan con fuego para que resistan bien la humedad. Lo que ha de sobresalir del hoyo, se labra redondo en columna con su pedestal, cornisas, etc. Hácense los cimientos de grandes piedras, dejando en ellos los hoyos para pilares y métense éstos en los hoyos, rellenándolos con cascajo de tejas y ladrillos quebrados, después piedras y al fin tierra, apisonándolo todo muy bien. Hecho esto, se prosiguen las paredes desde el cimiento y como dije: son de adobes y de cuatro o cinco cuartas de espesor; en medio de ellas quedan los pilares de madera. De este modo carga toda la fábrica del tejado en los pilares y nada en la pared.

No se halló cal en aquellos lugares *(los terrenos de Misiones corresponden a areniscas y basaltos triásico-liásicos)* y por eso se buscó este modo de construir. Las dos magníficas iglesias que mencioné son de piedra de sillería hasta el tejado. Son las de San Miguel y la Trinidad y las hizo sin cal un hermano coadjutor, grande arquitecto.[1]

El "Abambaé" [2]

Para su mantenimiento, a cada uno se le señala una porción de tierra para sembrar maíz, mandioca, batatas, legumbres —que es lo ordinario que siembran— y lo que quisieren. Mandioca es un género de raíces como zanahorias, pero mejor que ellas: las comen asadas o crudas y de ellas secas y molidas, hacen también pan. No son aficionados al trigo. Son pocos los que lo siembran y lo comen cocido o moliéndolo y haciendo tortitas sin levadura que tuestan en unos platos, como hacen con el maíz. Algunos saben hacer muy buen pan por haber sido panaderos en la casa de los Padres, donde se hace pan para ellos y para los enfermos, dos o tres veces por semana; y como suelen mudarse para este oficio, hay varios panaderos en los pueblos. Con todo, nunca hacen pan de trigo, sino tal cual en alguna fiesta principal, porque es una filosofía para el indio moler el trigo, masarlo, echarle sal y levadura, esperar a que fermente y se levante, arroparlo y cocerlo.

---

1 Se refiere al Hermano Juan B. Primoli, natural de la ciudad de Milán y célebre arquitecto, quien además de las dos iglesias mencionadas construyó en las Misiones, la del pueblo de Concepción, en Córdoba, la Catedral, la iglesia de la residencia jesuítica y la de los Padres Reformados de San Francisco, y por último, en Buenos Aires, las iglesias de San Francisco, Pilar o Recoleta y la Merced, "pero sobre todo —anota el P. Guillermo Furlong— le cupo la gloria de haber sido el arquitecto del histórico Cabildo". (N. de R.).

2 *"Abambaé"*, literalmente *"Tierra del Indio"*, era la denominación genérica de los bienes de propiedad individual del indio, jefe de familia, quien, sin embargo, limitaba voluntariamente este derecho a unos pocos muebles y útiles de uso familiar. Ni siquiera se interesaban por la propiedad del caballo y por esa razón el abambaé tuvo siempre en los pueblos de guaraníes cristianos, muy escasa significación económica.

Con el maíz que es su encanto, pues los estiman mucho más que el trigo, hacen sus tortas y lo usan ya tierno o ya duro, asado o cocido, y entra en todos los guisados. *(No obstante)* por no guardar de los loros los cultivos, los más los pierden; *(porque)* hay loros de todas especies, chicos y grandes, colorados, azules, amarillos, y de mezcla muy vistosa de colores; hay tantos, en bandadas, tan grandes, que hacen mucho más daño a los maizales, que los gorriones en España a los trigales.

Alguno que otro suele plantar caña dulce *(caña de azúcar)*, pero lo que cuesta más es hacer que cada uno tenga su algodonal para vestirse.

Para estas labranzas se les señalan seis meses, en que aran, siembran, escardillan y cogen su cosecha. Con cuatro semanas efectivas que trabajen, tienen bastante para lograr el sustento de todo el año, como sucede con los más capaces y trabajadores, porque la tierra es fértil; pero generalmente es tanta la desidia del indio, que se requiere todo ese tiempo. El mayor trabajo de los Curas es hacerlos labrar y sembrar lo necesario para toda la familia durante el año, siendo necesario usar de castigo para que lo hagan, aunque es para su propio beneficio y no para el común del pueblo.

El Tupambaé [1]

Para remediar tan grande desidia se entablan sementeras comunes de maíz, mandioca, legumbres, algodón, y estancias de ganado mayor y menor. A las sementeras comunes van en los seis meses de su tiempo, los lunes y sábados, excepto los tejedores, herreros y demás oficiales mecánicos, que no asisten a las labores comunes en todo el año, sino que se remudan cada semana para la labor de sus tierras, una semana en ellas y otra en el oficio.

Estos bienes comunes sirven para dar de sembrar al que no tiene semilla; para el sustento de la casa de recogidas; para avío y provisión de los viajes en pro del pueblo; para dar de comer a los muchachos y muchachas cuando van a las sementeras u otras faenas del común; para los caminantes y huéspedes; para socorrer todo enfermo, viejo y necesitado; y como están a cuenta del Padre que los vigila, suelen durar de un año para otro y más.

Los algodonales comunes sirven para vestir a todos los muchachos de uno y otro sexo. Dase también el lienzo que del algodón se hace, a los que van a hacer la yerba del Paraguay, a las viudas y recogidas, viejos e impedidos; y por premio en las fiestas y funciones militares y políticas, a los que mejor se portan. Además se guarda una gruesa porción para enviar a vender a Buenos Aires y a Santa Fé y comprar con ello lo necesario de fierro, herramientas, etc., para el pueblo, y sedas y adornos para las iglesias.

Los otros bienes comunes y más principales son el ganado mayor y menor. Los indios no tienen en particular vacas, ni bueyes, ni caballos, ni mulas, ni ovejas, sino gallinas, porque no son capaces de más. Para esto tiene cada pueblo sus dehesas, pastoreos o estan-

[1] Los bienes y servicios producidos por el común del pueblo y destinados a cubrir necesidades también comunes, constituían el "tupambaé" ("Tierra de Dios"), el que además de lo indicado por el P. Cardiel comprendía los talleres y herramientas, los vehículos y embarcaciones, los instrumentos agrícolas y en general todos los locales de uso colectivo del pueblo. La industria de la construcción por estar integrada con diversas actividades artesanales, como fabricación de ladrillos, tejas y baldosas, carpintería de obra, transporte, etc., también era tupambaé, de modo que este sistema de trabajo y distribución representaba la casi totalidad de la actividad económica de los pueblos. El tupambaé no tenía carácter nacional para todos los pueblos, sino que era estrictamente municipal, llevando cada pueblo una rigurosa contabilidad de sus bienes y servicios comunes, tanto para el intercambio interno, como para el externo. No circulaba moneda alguna, pero la contabilización se realizaba en pesos de plata de a ocho reales. Los únicos tupambaés de carácter nacional fueron la Vaquería del Mar y la Vaquería de los Pinares. (N. de R.).

cias de todo ganado y va el Cura a visitar estas estancias y dar orden en su conservación y aumento, dos veces al año, aunque disten 20 y 30 leguas del pueblo y aun más, como distan algunas; porque *del buen estado de estas estancias depende el bien del pueblo en lo temporal y espiritual (el subrayado no es del original).*

Siémbrase también en todos los pueblos tabaco para el común y algunos envían de éste a las ciudades, donde se consume mucho para fumar y mascar. Los indios lo usan sólo para mascar, que dicen les da así mucha fortaleza para el trabajo, especialmente en tiempo frío.

De los bienes del común sólo salen de los pueblos, después de dejar lo necesario para el consumo de los vecinos indios, el lienzo de algodón y algo de hilo para pábilos, la yerba y el tabaco. Los demás bienes quedan para el gasto y para contratar unos pueblos con otros, porque hay mucha comunicación *(intercambio)* entre ellos *(por la división del trabajo y por motivos accidentales como plagas de langostas u orugas, sequías, etc.).*

La vestimenta

Como es tierra cálida y solo en los meses de Junio y Julio hace algún frío, usan poca ropa y nada ajustada. No usan más que camisa, jubón de color o blanco de algodón, calzoncillos y calzones, y un poncho, en invierno de lana y en verano de algodón.

Poncho es una pieza como una sobremesa, de dos varas y media de largo y dos de ancho, con una abertura en el medio para meter por ella la cabeza; y éste les sirve de capa. Se usa mucho aun en Chile y Perú, y aun entre españoles que no lo desdeñan aun siendo ricos; y algunos le tienen con tantas bordaduras y adornos, que vale un poncho 300 y 400 pesos. Los indios, como pobres, lo usan llano.

Para la cabeza usan comúnmente algún gorro y los que más pueden, sombrero o montera, *(pero)* cuando aprieta mucho el sol en el estío, aunque el indio esté trabajando al sol, lo hace sin cubrirse la cabeza y desnudándose de medio cuerpo arriba. El calor, que es mucho, no lo siente, pero sí el poco frío de allí, que más parece Primavera de España.

Algunos pocos usan medias y calcetas, y las suelen traer caídas o sin atar. Pero zapatos, por más que les exhortemos a ello, especialmente cuando andan en las faenas del monte entre espinas, no hay modo de conseguir que los usen. Solo lo hacen cuando visten de gala en sus festividades y funciones públicas.

Los tejidos

Hay todo género de oficios mecánicos necesarios en una población de buena cultura: herreros, carpinteros, tejedores, estatuarios, pintores, doradores, torneros, rosarieros, plateros, materos —o que hacen *mates,* que es la vasija en que se toma la yerba del Paraguay—; y hasta campaneros y organeros en algunos pueblos.

Hácese lienzo de algodón blanco de varias calidades: delgado, grueso, de cordoncillo torcido y también listados, de varios colores. Para ello se le da a cada india media libra de algodón el sábado para que traiga el miércoles la tercera parte de hilo, porque de tres, dos partes pesa la semilla; y el miércoles se le da otra media libra para que traiga el hilo el sábado. Vienen todas al corredor externo de la casa del Padre, donde sus viejos alcaldes pesan el ovillo de cada una, poniéndole un pedacito de caña con el nombre de la india.

Los tejedores son muchos. En Yapeyú tenía yo treinta y ocho para tejidos ordinarios y 8 para tejidos listados *(Yapeyú era un pueblo de vaqueros y de tejedores, porque también criaban ovejas y*

tejían ponchos de lana para abrigo). A los tejedores se les da cuatro arrobas de hilo y tejen con ello una pieza de 200 varas y de una vara de ancho. Se les da 6 varas por este trabajo aun si es para el común del pueblo, por ser cosa de mayor aplicación que lo ordinario de los otros trabajos comunes.

Cuando va urdiendo el tejedor, tiene los ovillos con aquella cañita de la india que los hiló; y cuando al medio del ovillo encuentra tierra, trapos u otro engaño, da cuenta al mayordomo y éste al Padre, para la reprensión o penitencia de la india.

Además de los del común del pueblo hay tejedores para los particulares que hacen hilar el algodón de su propia cosecha, pero a causa de los cortos espíritus de la india y de su marido, suelen obtener no más de ocho o diez varas de lienzo. Al tejedor le dan en premio alguna torta de maíz o mandioca, algún dijecillo o nada, que aunque nada le den, hace su deber, porque no son interesados.

Doma de bueyes y caballos

Para arar, llevar carros, traer maderas del monte, etc., se les dan toros de cuatro o cinco años que doman antes. Cogen el toro con un lazo, en que son diestros, lo atan a un horcón o árbol y allí lo dejan ayunar dos o tres días. Después le hacen arrastrar troncos pesados y así lo van amansando. Para domar un caballo o mula, lo enlazan con uno o dos lazos, lo voltean y lo manean. Allí caído le ponen la silla y monta el domador con sus espuelas. Le sueltan las ataduras, se levanta y corcovea el caballo y el indio domador está en él como clavado sin caer. Es grande la destreza que en esto tienen. Así en tres o cuatro días doman un caballo feroz y en estas cosas adelantan *(por su carácter deportivo)* lo que se atrasan en las intelectuales. Cuando es tiempo de arar traen al corral del pueblo 600 u 800 bueyes, donde vienen a cogerlos los que han de ir a arar. Pónense a la puerta los secretarios con su papel, apuntando todos los que sacan. A la tarde vuelven los secretarios y van apuntando todos los que los vuelven, para ver si alguno los perdió, mató o comió: que lo suelen hacer algunas veces. Al día siguiente traen otros tantos, no los mismos, para que éstos descansen, porque el indio el día que los lleva a trabajar, no les da de comer ni de beber por su gran incuria.

Lo mismo ocurre con las cabalgaduras. En teniendo un caballo, no le da de comer, lo llena de mataduras y luego se le muere. El burro es más propio para su genio, pero lo suele tener tres y cuatro días atado al pilar del corredor de su casa, sin comer ni beber, sin echarlo al campo, por no tener el trabajo de ir a buscarlo cuando lo necesita.

Les damos un par de vacas lecheras y por no tener el corto trabajo de ordeñarlas las dejan andar perdidas por los campos y sembrados o matan las terneras y se las comen. Sólo alguno de los más principales y capaces suele conservar alguna mula o bueyes. Por eso todo esto es del común.

Carne y cueros

Hay sólo seis pueblos que tienen suficientes vacas para poder dar a cada familia cuatro o cinco libras de carne todos los días sin disminución de su estancia; y así lo hacen. Los demás no tienen sino para dar ración dos o tres veces a la semana, y guardan con gran cuidado lo que hay, para tiempo de hambre o de epidemia, que suele picar varias veces.

Después del rosario, una hora antes de ponerse el sol, se hace señal con el tambor y vienen las mujeres, una de cada familia, a

buscar su ración de carne. Para prevenir éstas, traen las reses por la mañana al patio y oficinas de la casa de los Padres; allí las matan y hacen las raciones y ajustan los secretarios las cuentas de ellas, que reparten a la tarde según las listas de sus libros, llamando a las mujeres por sus cacicazgos y parcialidades. Todas llevan por igual, excepto las de los cabildantes y otros indios principales que tienen doble ración.

(No sobran los cueros). Todas las cuerdas, lazos, cercos de sementeras para que no entren los animales, que se hacen clavando unos palos a distancia de 2 ó 3 varas y atravesando cuerdas de palo a palo, son de cuero. Todos los sacos de maíz, legumbres y yerba para el común y particulares, el aforro de las piezas de lienzo que van a Buenos Aires y todas las cajas y arcas o cofres o cajitas para guardar la ropa, que ellos llaman *Petacas,* y todas las alforjas que allá dicen *Pozuelos,* y las esteras o alfombras que usan en sus casas contra la humedad del suelo, y para encima de la basura, ceniza y rescoldo, y para alhajar sus alcobitas; y cuanto es puertas, cestos y banastas que se usan, son de cueros de vacas y toros.

La Vaquería del Mar

Desde el principio conocieron los Misioneros que gente de tan poca economía como los indios, no se podría mantener sin vacas. *(Realizaron varios ensayos de cría organizada con poco éxito, a causa de la mala calidad de los campos de las Misiones, pero una vez que fue descubierta, por 1680, la existencia de abundantes ganados cimarrones al sureste de la Banda Oriental, se dedicaron a vaquear efectuando arreos de ganados cerriles hacia los pueblos).*

Mientras duraron estas vacas que llamaban la *Vaquería del Mar* por estar a sus orillas, estaban los indios muy bien asistidos, sin que necesitasen dehesas de ganado manso. Esta era la dehesa y estancia de los Treinta Pueblos *(vaquería nacional, como ya se dijo)* y aunque se perdiesen las cosechas, en ella hallaban auxilio para todos, porque el indio es muy aficionado a la carne de vaca y en teniendo ésta, ya lo tiene todo.

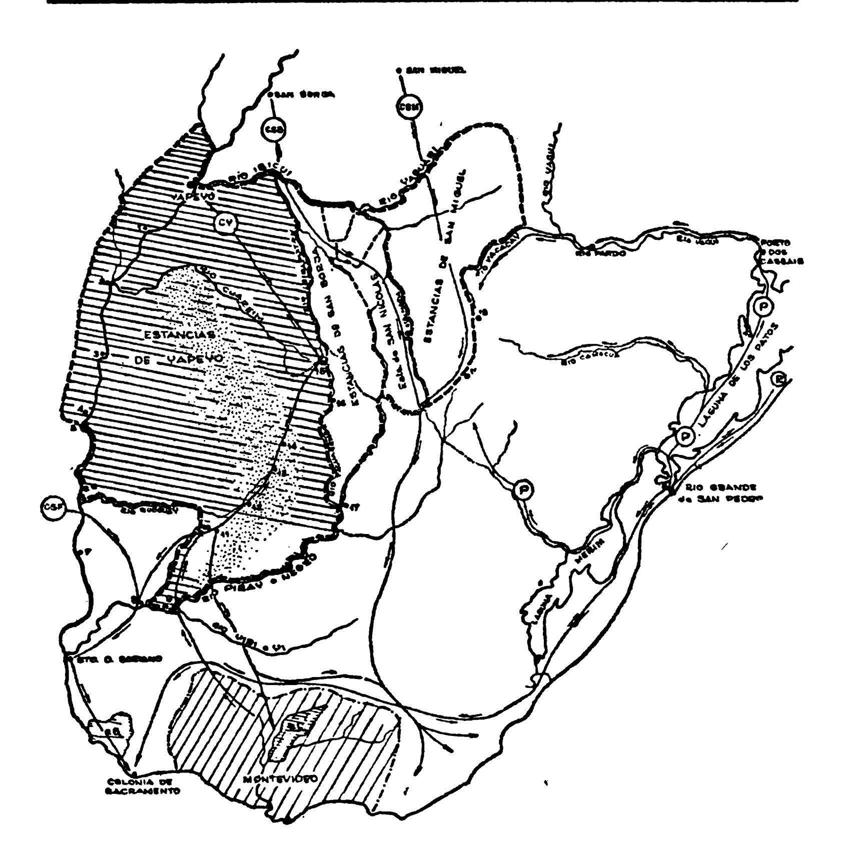
Iban 50 ó 60 indios de cada pueblo con cinco caballos cada uno a traer de allí vacas cerriles que llaman *cimarronas.* Llevan una pequeña manada de bueyes y vacas mansas *(señuelos)* que ponen en un alto para ser vistas de las cerriles ya competente distancia las rodean y acorralan treinta o cuarenta hombres para su guarda. Los demás van a traer las cerriles más cercanas que vienen corriendo y viendo las de su especie, dándoles ancha puerta los del corral, se entreveran con ellas. Vuelven por otras y del mismo modo las van entreverando hasta que no hay más en aquella cercanía. Júntanse todos los jinetes y yendo uno o dos delante por guías, cerrando los demás todo lo que cogieron, van conduciéndolo adonde hay más, teniendo cuidado de no acercarse mucho; que si se acercan y las estrechan, suelen romper por la rueda y esparramarse. En el segundo paraje, hacen lo propio y llegada la noche rodean su ganado y hacen fuego por todas partes, y de este modo en medio de la campaña se está quieto. Si no hacen fuego, rompen y se escapan por entremedio de los jinetes. De este modo, 50 indios, en tres meses, suelen coger y traer a su pueblo de distancia de más de cien leguas, cinco mil o seis mil vacas *(a veces muchas más como podrá apreciarse en el "Diario de Viaje" de 1705).* De los caballos mueren algunos de las cornadas de los toros que arremeten al caballo y jinete y otros del mucho cansancio. Los demás quedan tales que no pueden servir en todo el año; y se ponen en lozanos pastos a convalecer y engordar *(invernadas).*

Llaman *vaquear* a este modo de coger vacas y es de advertir que de las vacas que se llevaron de España se llenaron los campos por 100 leguas en largo y 500 en ancho, porque es tierra llana de bellos pastos.

Estancias organizadas [1]

(La restitución a los portugueses de la Colonia del Sacramento, el establecimiento en el Río de la Plata del Real Asiento de Negros, de Inglaterra, y la escasez de ganados que, por el asedio de los indios, padecían Buenos Aires y Santa Fé, ocurrido todo ello a partir de 1715, determinaron la explotación desordenada y depredatoria de los ganados cimarrones de la Banda Oriental, en perjuicio de los indios de las misiones. Ello condujo a los misioneros jesuitas a la organización de las estancias tupambaé de que da cuenta el P. Cardiel en el fragmento que sigue).

[1] Es de sospechar que la estancia organizada de Yapeyú estaba ubicada a lo largo del arroyo Cuaró hasta su desembocadura en el Río Cuareim, en el actual departamento de Artigas y la de San Miguel, en las inmediaciones de la actual ciudad de Bagé (R. G. del Sur), con un puesto oriental denominado probablemente Santa Tecla, nombre que habría heredado la célebre fortaleza española que existió en ese punto, distante unos 9 kilómetros de Bagé. Asimismo es posible que estas dos estancias hayan constituido el modelo de organización de los grandes establecimientos ganaderos del Uruguay, muchos de los cuales conservan aun la misma estructura administrativa. (N. de R.).



EXPANSION TERRITORIAL, EN SU APOGEO (1750-1760),
DE LA GANADERIA BOVINA JESUITICO-TAPE

Según los croquis de las estancias misioneras y del viaje al Queguay (1752) atribuidos al P. Cardiel y al P. Nusdorffer, actualizados por el Arq. Giuria (1950). Correcciones y complementación del Ing. Agr. Esteban F. Campal (Abril de 1966). Dibujo del Bach. Manuel Campal Dibarboure.

Al tiempo en que llegué a las Misiones consultamos el modo de tener vaquería común, de manera que ni los españoles ni los portugueses la pudiesen destruir sin ser advertidos. Determinóse que de la estancia del pueblo de Yapeyú que se dilata cincuenta leguas de largo y treinta de ancho y estaba llena de vacas, no mansas sino cimarronas, pero propias del pueblo que las metió en aquellas tierras sacándolas de la Vaquería del Mar y que las guardaba con sus indios por los confines para que no se vayan a otras tierras; determinóse, pues, que en esta estancia grande se buscase un paraje capaz de contener 200 mil vacas, para lo cual es menester un espacio de 20 leguas de largo y 10 de ancho. Que de la estancia grande se cogiesen 40 mil vacas, se amansasen bien en cuatro vacadas o rodeos, como allí se dice, y se metiesen en la estancia pequeña. Que para su guarda se pusiesen indios pastores o estancieros, como así le llaman, que fuesen de la mayor confianza; y que para llevar esto adelante y prevenir cualquier desorden, se pusiese allí un Padre Capellán con su decente capilla y un hermano Coadjutor. Que se esperase hasta ocho años, en cuyo tiempo las cuarenta mil vacas, bien guardadas, podían multiplicar, según dictaba la experiencia, hasta las 200 mil. Que desde este tiempo se empezasen a gastar, no yendo los pueblos a cogerlas como cosa sin dueño, pues eran del pueblo de Yapeyú, sino vendiéndolas el pueblo a quien las quisiese comprar, ponién-

---

REFERENCIAS:

a) *Estancias Tupambaé:* de Yapeyú (con rayado horizontal y punteado indicativo de la probable difusión espontánea del ganado de dicho pueblo entre el arroyo Salsipuedes y el río Cuareim), San Borja, San Nicolás, San Miguel, etc.

b) *Estancias de la Compañía de Jesús: eB* - Estancia de Belén; *eC* - Estancia de la Calera o de la Virgen de los Desamparados.

c) *Puestos-puertos del río Uruguay:* 1 - San Pedro; 2 - San Andrés; 3 - San Gregorio; 4 - San Antonio; 5 - Yeruá; 6 - San José; y 7 - San Javier.

d) *Puestos-postas y de vigilancia:* 8 - San Esteban; 9 - Santa María; 10 - San José; 11 - San Martín; 12 - San Juan Bautista; 13 - San Jerónimo; 14 - San Borja; 15 - Santa Ana; 16 - San Javier; 17 - Santa Gertrudis; 18 - San Gabriel (?); y 19 - Santa Tecla (?).

e) *Caminos principales: CSF* - Camino de Santa Fe abierto por el Maestre de Campo Antonio de Vera Mojica, en 1680, para el Asalto de la Colonia y luego (1715-1730), de acceso de los empresarios de vaquerías santafesinos para la extracción y arreos ultra-mesopotámicos de ganados cimarrones de la Banda Oriental; *CY* - Camino general de Yapeyú iniciado por los PP. Delfin y Rodiles en 1680, vuelto a frecuentar para el segundo asedio de la Colonia de 1705 y nuevamente en ese mismo año, para los grandes arreos de ganados desde la Vaquería del Mar, referidos en el Diario del Viaje del Hermano Silvestre González; *CSB* - Camino de San Borja, el de comunicación más directa para el arreo de ganados desde la Banda Oriental a Candelaria, capital de los Treinta Pueblos Guaraníes y pueblo especializado en vadear ganados hacia la Banda Occidental del Paraná; *CSM* - Camino de San Miguel, de comunicación de este pueblo con su estancia y el Este de la Banda Oriental, con puestos de vigilancia hacia Aceguá, Bagé y San Gabriel para evitar las "entradas" de los infieles minuanes y luego de los portugueses a ellos asociados.

f) *Enlace terrestre y penetración lusitana lacustre-fluvial: R* - "Roteiro" de 1703, de Filgueiras, estableciendo la conexión terrestre entre Laguna y la Colonia del Sacramento por las dunas del litoral atlántico; permitió establecer y afianzar el "entreposto" de Viamón al inmediato sureste de la actual ciudad de Porto Alegre y posteriormente el fuerte de la Barra del Río Grande; *PP* - Penetración lacustre-fluvial portuguesa, con apoyo en Río Grande y Viamón, por los ríos Yacuy (base de Río Pardo), Camacuá y Yaguarón. Determinó el dominio portugués de las Misiones Orientales en 1801, por haber perdido España la Guardia de San Gabriel de Batoví, al haberse ausentado de la misma por su regreso a España, Azara, y casi enseguida Artigas.

dolas a su costa en las cercanías del pueblo comprador. Y por cuanto eran vacas ya mansas y hechas a vivir en sosiego, valiese cada cabeza un real de plata más que las otras cimarronas recién sacadas, cuyo precio era entonces de tres reales de plata cada una, fuese vaca o toro, gorda o flaca.

Que en la estancia del pueblo de San Miguel que tiene cuarenta leguas de largo y como veinte de ancho y donde también había muchas vacas cimarronas propias del pueblo y guardadas a la larga del modo de las de Yapeyú, se buscase otro paraje de las mismas circunstancias y se metiesen en él otras cuarenta mil vacas; y se pusiese un Padre y un hermano, y se vendiesen del mismo modo.

Todo se hizo así y quedaron socorridos los pueblos, porque por otra parte no se hallaban vacas ni aun a mayor precio.

Ovejas y "Vechará" [1]

(Aunque la cría de ovejas se inició en Yapeyú alrededor de 1630 y poco después en el pueblo de Santa María La Mayor, la falta de campos adecuados impidió el desarrollo de la ovinicultura al nivel de las necesidades de los pueblos guaraníes).

Con las ovejas se tiene mucho cuidado, por ser muy estimada de los indios la lana para su vestuario. Pero como es ganado tan delicado y el indio que lo guarda tan descuidado, no hay modo de aumentarlo. Sabemos el modo de criarlas, porque tenemos libros y escritos que tratan de ello, y de todo género de economía natural y casera; y nos aplicamos a ello por el bien de aquellos pobres indios. Les damos lecciones de todo lo que deben hacer; y a todo dice que sí el indio, como acostumbra por su mucha humildad, pero a espaldas del Cura no hace cosa de provecho; y así enferman, se mueren y disminuyen las ovejas. No obstante con el mucho cuidado de los padres, en algunas partes hay abundancia a lo que ayuda ser los pastos mejores; en otras partes compran la lana de los que más tienen.

Trasquílanse a su tiempo y dase la lana a hilar al modo que el algodón; y al principio del invierno se reparte todo el tejido a todo el pueblo, hombres y mujeres; y el pueblo que alcanza a cinco varas por individuo, se tiene por dichoso: porque el indio siente mucho el frío y no hay cosa que estime tanto como un poco de tela para abrigarse. No se hacen telas delicadas, sino paño burdo o cordellate, como mantas de caballo, excepto algunas piezas que se hacen de listados de varios colores, para los músicos, sacristanes, cabildantes y caciques, para sus ponchos. Y este paño tan burdo, si se le da a escoger al indio con una tela de tisú, es tan estimado de él, que antes escoge al paño que al tisú, porque le abriga más y el indio no mira el lucimiento, sino la conveniencia y necesidad.

La Yerba Mate

Además de los bienes comunes de vacas, algodón, etc., hay otro muy particular y cuantioso, que es la yerba del Paraguay, que común-

[1] La guaranización de las palabras españolas la hacía el indio acentuando la última vocal (Caballo, *cabayú;* zapato, *zapatú;* etc.) y en el caso de la *oveja* decía *ovejá, ovecbá, vechá,* de donde *vechará* significa manta o vellón de la oveja, denominación que por extensión se aplicó a los ponchos tejidos con lana de oveja. De ahí el nombre *vichará* asignado en el Río de la Plata a estos famosos ponchos de abrigo, que luego fueron sustituidos por los "*ponchos patria*", si bien éstos eran fabricados en Inglaterra. Como la lana usada para los vicharás era de ovejas criollas que la tenían generalmente de color oscuro o "moro", a estos ponchos también se les decía *moros,* de donde probablemente proviene la denominación "*moras*" o "*moritas*" que aun se aplica a las cobijas ordinarias de ese color, de uso muy generalizado entre los trabajadores rurales pobres.

Los ponchos vichará no proceden, por lo tanto, de Bolivia o Perú, como han sostenido varios autores y es probable que hayan tenido su origen en Yapeyú, pueblo que se caracterizó por una marcada especialización ganadera y que contaba con gran número de telares y tejedores de lana. (N. de R.).

mente llaman *yerba,* sin más ádito. Hay en los montes de aquellas Misiones y en los de la gobernación del Paraguay unos árboles propios de aquellos territorios, del tamaño de un naranjo y hojas parecidas a él, que llaman *árbol de la yerba.* Cógense las ramas no grandes de este árbol, chamúscanse a la llama, pónense en unos zarzos algo altos y por debajo se les da humo toda una noche; después se muelen y se ensacan. Esta es la yerba tan usada en aquellas tierras entre ricos y pobres, libres y esclavos, como el pan y como el vino en España.

Hay dos modos de yerba *(no digo especies):* una que llaman Caaminí o yerba menuda y la otra *Caá Ivirá* o yerba de palos.

Antiguamente iban nuestros indios a hacer esta yerba a los montes, distantes de los pueblos 50 ó 60 leguas: los siete de la banda oriental del Uruguay por tierra con carretas y los demás por los ríos Uruguay y Paraná en balsas hechas de canoas, río arriba, porque no se podía ir por tierra por las muchas sierras intermedias. Los de tierra volvían con sus carros cargados después de muchos meses y los del agua, después de hecha la yerba la llevaban a hombros desde el sitio donde se cría hasta el río, que en partes estaba lejos como tres o cuatro leguas.

Viendo los Padres el mucho trabajo de los indios, se aplicaron a hacer yerbales en los pueblos, como huertas de ellos, lo que costó mucho trabajo, porque la semilla que se traía no prendía. Después de muchas pruebas se halló el modo de hacerlo. Es planta muy delicada y se han hecho yerbales tan grandes en casi todos los pueblos que ya no es menester que los indios vayan a hacer la yerba a los montes.

El comercio

La yerba es la finca *(recurso)* principal de los pueblos para comprar lo necesario de Buenos Aires *(donde contrariamente a lo que ocurría en las Misiones y Paraguay, circulaba la moneda como instrumento de pago).* Los pueblos envían anualmente su yerba en balsas por los ríos *(Paraná y Uruguay)* conducidas por los indios de cada pueblo, a Santa Fé y a Buenos Aires, donde un Padre Procurador que allí hay, vende la yerba v. g. a 4 pesos la arroba poco más o menos, según los tiempos y con su valor compra lo que el Cura *(de cada pueblo)* pide, que suele ser tela y aderezos para la iglesia, cuchillos, tijeras, hachas, fierro en bruto para muchos usos de los herreros —cuchillas, tijeras y hachas se ha experimentado que es más ventajoso comprarlos que hacerlos en el pueblo—, armas de fuego, etc. La proveeduría de Santa Fe, por el menor comercio de aquella ciudad, es poco frecuentada.

El dinero no corre en toda la gobernación del Paraguay, ciudad de las Corrientes, ni en algunas otras ciudades de otras provincias. Todo se hace por trueques. En el Paraguay tiene la ciudad puesto precio fijo imaginario a las cosas: el algodón a dos pesos la arroba, el tabaco en hoja a seis pesos, la arroba de yerba a dos pesos, las vacas a seis pesos cada una, etc. Y así el que tiene mucha yerba y nada de algodón, para comprarlo, se informa del que lo tiene —que allí no hay tiendas, ni plazas de cosas vendibles—, y vé si lo quiere vender por yerba: y como ya saben los precios, sólo ajustan lo que corresponde a un género por otro. Los géneros de Europa, que llegan allá desde Buenos Aires, están señalados por la ciudad a cuatro por uno, lo que costó en Buenos Aires uno, allí se paga cuatro.

En nuestros pueblos están señalados los precios de este modo y cada Cura tiene su papel de ellos y cuando le sobra algo, da lo que le sobra por lo que necesita. Estos precios nunca se varían, haya carestía o abundancia. Los géneros que vienen de Buenos Aires,

como están más cerca que del Paraguay, están señalados a 25 por 100, por los costes y peligros de la conducción.

Salario

Los indios no disponen las faenas, viajes por tierra o agua, y demás menesteres del común, porque no tienen talento para prevenir lo necesario. El Padre llama al Corregidor y Mayordomo y ajusta con ellos lo que será menester para tal tropa de carretas o para tal barco: bueyes, caballos, mulas, vacas, maíz, legumbres, yerba y tabaco, etc. Y así aviados en todo, ninguno repugna la tarea que se le ordena. No se da sueldo porque lo hacen para el común y mientras están ausentes los demás atienden las sementeras comunes, les arreglan y componen las casas, etc. Solo en caso de ser mayor el trabajo de los viajantes, se les remunera a la vuelta dándoles premios de lienzo listado, de que gustan mucho, cuchillos, espuelas, frenos, hachas y cuñas.

Asimismo los demás oficiales, y plateros, pintores, herreros, etc., no llevan sueldo por la misma causa; y están muy contentos con este gobierno, por ser el más propio para su genio.

Silvestre González, S. J.

Diario del viaje que hacen a la Vaquería del Mar el padre Juan María Pompeyo y el hermano Silvestre González, entrambos de la Compañía de Jesús

Revelación de la Vaquería del Mar

Como consecuencia de la despoblación de la Banda Oriental y de la falta de caballos que padecían los pocos indios infieles que la habitaban, el procreo del ganado bovino que hizo echar Hernandarias probablemente en el rincón que forman con el Uruguay los ríos Negro y San Salvador (la mitad del ganado vacuno de la segunda introducción de 1617, constituida por 50 vaquillonas y 4 toros), se produjo en total sosiego hasta 1680, fecha del establecimiento por los portugueses, de la Colonia del Sacramento. Al cabo de esos 63 años, el ganado que poblaba el sur y el este de la Banda Oriental, pudo haber totalizado cinco millones de cabezas.

Al tomar posesión de la isla y tierra firme de Maldonado para prevenirse de una posible ocupación de ese lugar por los portugueses de Río de Janeiro, las autoridades españolas de Buenos Aires constataron, en 1673, que el "multiplico" *del ganado que "el Señor Gobernador Hernandarias de Saavedra echó en la tierra firme (de San Gabriel), corriendo la tierra se había extendido a aquellos extremos, de que se infiere que la tierra adentro habrá mucho más". Temían entonces que ese ganado pudiera servir "de cebo y señuelo para que cualquiera nación de las de Europa, amiga o enemiga, procure ocupar aquel Paraje y Puerto"; no obstante, la ocupación de Maldonado*

fue meramente simbólica, porque no quedó allí ninguna guarnición, ni se intentó población alguna.

Disponiendo de abundantes ganados cimarrones en las llanuras chaqueña y pampeana, aún no dominadas por los indios mocobíes y abipones que pocos años más tarde establecerían un riguroso asedio a las ciudades de Santa Fe y Buenos Aires, muy poco podía interesar a sus vecinos, el ganado que procreaba tan lejos, más allá de los caudalosos Paraná y Uruguay, ríos de muy difícil vado. A los de Buenos Aires les bastaba cruzar el bajo Uruguay con embarcaciones ligeras, para proveerse de lo realmente necesario: postes para corrales, horcones para ranchos, carbón y leña que obtenían de la explotación de los extensos algarrobales de la margen izquierda del referido río, y poco después, al incrementarse la población de esa ciudad, habían de recurrir también, a las calizas para cal de construcción que abundaban en esos lugares. Se explica, por lo tanto, el poco interés de los vecinos y autoridades de Buenos Aires, en cuanto a poblar la costa septentrional del Río de la Plata.

Una situación bien distinta se planteaba con los indios guaraníes cristianos de los pueblos misioneros que, por la época de la fundación de la Colonia, contaban ya con una población de unos 50 mil habitantes. Estos indios se habían acostumbrado al consumo abundante de carne vacuna, en particular los de los pueblos tributarios del río Uruguay y las necesidades de sebo, cueros y bueyes de las doctrinas, en pleno desarrollo, eran asimismo muy abultadas; pero las aptitudes pastoriles de los campos inmediatos a las mismas, no eran propicias, como ya se ha visto, a la fácil multiplicación del bovino. De ahí que los vaqueros de Yapeyú y La Cruz hayan intentado, desde mediados del siglo XVIII, proveerse de ganados cimarrones de las vaquerías de la ciudad de Corrientes y de Entre Ríos. En el primer caso tropezaron con las barreras infranqueables de la laguna y esteros de Iberá y en el segundo, fueron los indios charrúas, temibles jinetes de lanza y boleadoras, quienes detuvieron la penetración de los vaqueros tapes apenas intentaron vadear el Mocoretá, afluente occidental del Río Uruguay.

A pedido del gobernador de Buenos Aires, el Superior de las Misiones Jesuíticas dispuso la vigilancia de las costas del Atlántico y Río de la Plata para prevenir la inminente penetración lusitana. Dicha comisión estuvo a cargo de los PP. Gerónimo Delfín y Domingo Rodiles, quienes recorrieron esos lugares al frente de una partida de indios de Yapeyú, precisamente en los mismos días en que Manuel Lobo fundaba la Colonia. Tuvieron la suerte de apresar en una playa frontera de la Isla de Flores a los sobrevivientes portugueses de un naufragio —entre ellos se hallaba el candidato a gobernador de aquella plaza, Capitán General Jorge Suárez de Macedo—, a quienes condujeron al pueblo de Yapeyú. Pero lo que interesa subrayar de esta primera exploración de la Banda Oriental, realizada por los sacerdotes y guaraníes cristianos de la Compañía de Jesús, es que descubrieron la que se llamaría más tarde Vaquería del Mar, vaquería-habitat *de ganados cerriles, cuyo núcleo principal se encontraba en la cuenca del río Cebollatí, la región pastoril más privilegiada del territorio uruguayo. Es de imaginar la agradable sorpresa de los sacerdotes e indios de todos los pueblos, al conocer la noticia de tan feliz hallazgo. Pocos años más tarde comenzaron los arreos desde la Vaquería del Mar al rincón septentrional del Cuareim y Uruguay. Los realizaban los vaqueros de Yapeyú.*

La Colonia y las Misiones

Desde 1641, año en que los pueblos misioneros rechazaron definitivamente a las "bandeiras" paulistas que habían intentado escla-

vizar a los indios cristianos y posesionarse del territorio que ocupaban, las Misiones Jesuíticas del Paraguay constituyeron un obstáculo insalvable para las ambiciones lusitanas. Instalados ahora en la Colonia del Sacramento, si los portugueses lograban dominar las campañas de la Banda Oriental, podían asestar un fuerte golpe por la espalda a los pueblos de las Misiones. Lo intentaron por medio de los indios infieles, charrúas, guenoas y minuanes, nombres que correspondían a tribus poco diferenciadas entre sí. Estos indios eran enemigos tradicionales de los guaraníes cristianos; y los portugueses, por medio de generosos obsequios, lograron acentuar esa enemistad, al punto de que la extracción de ganados de la Vaquería del Mar se tornó muy difícil a los vaqueros yapeyuanos, por la hostilidad permanente de los minuanes y guenoas, que controlaban el Este de la Banda Oriental. Además estimularon una alianza ofensiva de estos indios, que determinó el asalto e incendio de Yapeyú, en el año de 1701, y la destrucción de su estancia principal. La represalia de los españoles y guaraníes no se hizo esperar, y el ejército que mandaba el Maestre de Campo Alejandro de Aguirre derrotó completamente en el Yí, a principios de febrero de 1702, a las fuerzas de los indios infieles, que también integraban españoles renegados y numerosos portugueses de la Colonia, de donde procedían las armas usadas por los infieles.

Esta batalla significó un rudo golpe para los lusitanos, pero aún así pudieron mantenerse en la Colonia hasta marzo de 1705. Los indios infieles de la Banda Oriental quedarían desde entonces, hasta 1715, sin la protección de los portugueses; pero aun así, para extraer ganados de la Vaquería del Mar, fue necesario granjearse su buena voluntad mediante tributos de yerba y tabaco, como se deduce del Diario de Viaje que nos ocupa.

Los arreos de 1705

La declaración de guerra de abril de 1704 por parte de Felipe V al rey de Portugal, provocó en Buenos Aires el inmediato despertar de la contenida rivalidad local contra la Colonia. Un poderoso ejército, al mando de García Ros, puso sitio a la plaza, la que fue evacuada por Veiga Cabral en la fecha indicada. Ocupada por los españoles, y en gran parte destruida, no quedaron fuerzas custodiándola, de lo que resultó el abandono y ruina total de la misma. Según el texto de una representación redactada por el P. Pedro Lozano, el auxilio que prestaron los pueblos misioneros en esta ocasión consistía de "4.000 indios, 6.000 caballos, 2.000 mulas (cargueros), 8.000 arrobas de yerba del Paraguay, 2.000 de tabaco, 4.000 fanegas de maíz y varios géneros de legumbres". De acuerdo a las normas de prorrateo que aplicaban los jesuitas, puede suponerse que todos los pueblos contribuyeron a este voluminoso auxilio, según la población y recursos económicos de cada uno, pero sin duda los tributarios del río Uruguay, por disponer de estancias más amplias y de mejores pastos, deben haber sido los que contribuyeron con la mayor parte de los caballos y mulas.

Este extraordinario aporte de recursos humanos, cabalgaduras y alimentos, que se agregaba al realizado tres años antes con motivo de la guerra contra los infieles, constituyó sin duda un serio quebranto para los pueblos. El riesgo de perecer por hambre era inminente, y ello debe haber sido el factor determinante de los grandes arreos de ganados cimarrones realizados por trece de los pueblos tributarios del río Uruguay, de que nos da cuenta el Diario de Viaje del Hno. Silvestre González. Se iniciaron estos arreos, desde el Este de la Banda Oriental, apenas seis meses después de la expulsión de los portugueses de la Colonia, siendo improbable que los vaqueros

de los referidos trece pueblos del Uruguay hayan podido disponer de tiempo y de caballos descansados —se ha dicho que en las Misiones los caballos ni abundaban, ni eran robustos— como para trasladarse a una distancia superior a las 200 leguas y regresar, apenas transcurrido el invierno, al lugar indicado. Cabe suponer que los "corrales" *de los pueblos —no se trata de los corrales propiamente dichos, sino de campamentos vaqueros—, de que nos habla el Diario, estaban integrados con una parte de los indios de cada pueblo que había asistido al asedio y asalto de la Colonia. Estos indios habrían permanecido durante el invierno al abrigo de las quebradas de las sierras del Este, de excelentes pastos, descansando y engordando sus caballos para emprender, al comienzo de la primavera, las recogidas y arreos de vacas paridas —era el ganado que preferían para el amansamiento y recría—, antes de que las toradas volvieran a ellas.*

Otro argumento coadyuvante de esta hipótesis, habría sido la excelente oportunidad que se ofrecía para esos arreos, por haber quedado los indios infieles sin el amparo y protección de los portugueses. Por otra parte es lógico pensar que en este caso los Padres de la Compañía de Jesús hayan preferido para sus indios, como retribución de los recientes servicios prestados al Rey en la toma de Colonia, la autorización o tolerancia de las autoridades de Buenos Aires para extraer una suma considerable de ganados cimarrones de la Vaquería del Mar, en lugar de proceder a una rebaja de los tributos anuales que debían pagar los indios, como se acostumbraba en esos casos.

Objetivos del Viaje

Al principio del Diario, el Hno. Silvestre declara que los objetivos de su viaje, según instrucciones del Padre Superior de las Misiones, eran proteger de los indios infieles a las tropas de los Pueblos del Uruguay que estaban vaqueando (en la Vaquería del Mar), evitar que los indios cristianos contrajeran la viruela por contagio de los franceses y negros esclavos de San Gabriel, y asistir con las provisiones necesarias a los vaqueros.

La exégesis atenta de este diario, en apariencia ininteligible, revela que el cometido esencial del Hno. Silvestre era el de actuar como administrador y fiscal de las cargas de yerba, tabaco y bechará que, según nuestros cálculos, se estaban conduciendo, con unas 350 mulas, y cuyo destino era conquistar la buena voluntad de los infieles guenoas y estimular, mediante un reparto flexible, el celo de los indios cristianos, en la tarea de recoger y arrear el mayor número posible de vacas.

El propósito que condujo a este fiscal hasta la Colonia del Sacramento no debe haber sido solamente el de constatar la importancia de dicha plaza o el de admirar extasiado las "chácaras de trigo que habían sembrado los portugueses" ("es una bendición de Dios lo bueno que está"); debe haber sido también el de cerciorarse si no andarían por allí algunos guaraníes, rezagados, en tratos ilícitos con los capitanes de los barcos negreros de la Compañía de Nueva Guinea, cuyo apostadero en el Río de la Plata estaba en las islas de San Gabriel, frente a la Colonia. Además no era ficticio el riesgo de que los guaraníes, muy susceptibles a la viruela, la contrajeran y trasmitieran a los pueblos, provocando una fuerte disminución de su población, como ya había ocurrido y ocurriría aún varias veces.

De regreso a la destruida Colonia, el camino seguido por el Hno. Silvestre se pierde en el cerro de "Ibitichí" (¿Ojosmín?); y desde este punto comienzan sus idas y venidas a través de los ríos Yí y Negro, amonestando a los vaqueros remisos, contando tropas,

ordenando a los indios que tenían pocas vacas que procuraran más, ayudando a "pelotear" *en el vado del río Negro, etc.*

Como puede deducirse de la lectura de algunos de los fragmentos del P. Cardiel, la yerba, el tabaco y el bechará constituían los avíos más imprescindibles para los vaqueros, y los más tentadores para los indios infieles. No es de extrañar, pues, que el iracundo Hno. Silvestre, pintoresco personaje de escasa experiencia en el trato con los indios, haya dejado sentada su permanente contrariedad con el escurridizo Juan Vera, el capataz de las cargas, que las administraba por su cuenta, según los privilegios que lograría en los "corrales" o las preferencias que le indicarían sus afectos. Al parecer, de muy poco le servían al Hno. Silvestre sus conocimientos de la picaresca española, puesto que además de Juan Vera, el indio Lázaro del pueblo de San Miguel, a quien llama "Lazarillo de Tormes", se le fugó con catorce cargas de yerba para "afufarlas".

El Diario como documento histórico

Este diario, del que no se tenía la menor noticia hasta que Baltasar Luis Mezzera lo publicara transcribiéndolo de una copia del original existente en la Colección de Manuscritos del Museo Histórico Nacional (tomo 194, fondo Eduardo Araújo), parecería, por lo que se sabe de él, no tener vinculación alguna con expedientes o series documentales conocidas, de modo que podrían caber dudas de su autenticidad. Sin embargo, la espontaneidad del relato, la aparente intrascendencia de los hechos que en él se refieren y, esencialmente, el ajuste de los mismos al contexto antropogeográfico e histórico que en parte se ha señalado más arriba, despejan aquellas dudas, resultando ser —salvo mejor opinión—, un documento auténtico y novedoso, de considerable valor histórico. No obstante, llama la atención que un manuscrito tan veraz como éste, que trata del espinoso problema de las vaquerías, haya podido escapar a la implacable censura del cura párroco del pueblo donde prestaba sus servicios el Hno. González o del Superior de las Misiones, puesto que, como es sabido, para deducir derechos exclusivos a los ganados cimarrones de la Banda Oriental frente a idénticas pretensiones de las ciudades de Buenos Aires y Santa Fe, los jesuitas de las Misiones del Uruguay llegaron a fraguar testimonios relativos al origen de los ganados de la Vaquería del Mar.

La otra duda posible, relativa al abultado número de cabezas de las tropas, hemos podido asimismo aclararla confrontando atentamente todas las referencias que sobre el particular anota el Hno. Silvestre. Algunas de estas referencias relativas a cifras parciales, abonan la consistencia de los totales. Además son similares a las que se manejan en la Memoria de Yapeyú.

Habiendo sumado todas las tropas que presumiblemente condujeron los 13 pueblos del Uruguay que vaqueaban en la Vaquería del Mar durante la primavera de 1705, hemos llegado a la conclusión de que en esa oportunidad los vaqueros tapes llevaron a sus pueblos, distantes más de doscientas leguas, unas 400.000 cabezas de ganado cimarrón. Parte de él lo destinaron a poblar la otra vaquería nacional en formación, la Vaquería de los Pinares, en el planalto riograndense, actuales Campos de Vacaría. A ella se refiere elogiosamente el Hno. González al final de su diario, lo cual demuestra que dicha vaquería fue iniciada varios años antes de lo que se creía.

Hemos dicho en otra oportunidad, y lo repetimos, que estos arreos de 1705, realizados en la vieja Banda Oriental, deben haber sido los más gigantescos registrados por la historiografía mundial.

Esteban Campal.

El fin de este viaje es a resguardar a las tropas de los Pueblos del Uruguay, que están vaqueando, de los infieles yaros y otras naciones que se han juntado con ellos para vengar las muertes que en los suyos hicieron los nuestros ahora cuatro años; y también para que evitemos la comunicación de nuestros indios con los franceses, y negros que están en San Gabriel con la peste de viruela, etc., y para lo demás que se ofreciere para el abrigo de dicha gente.

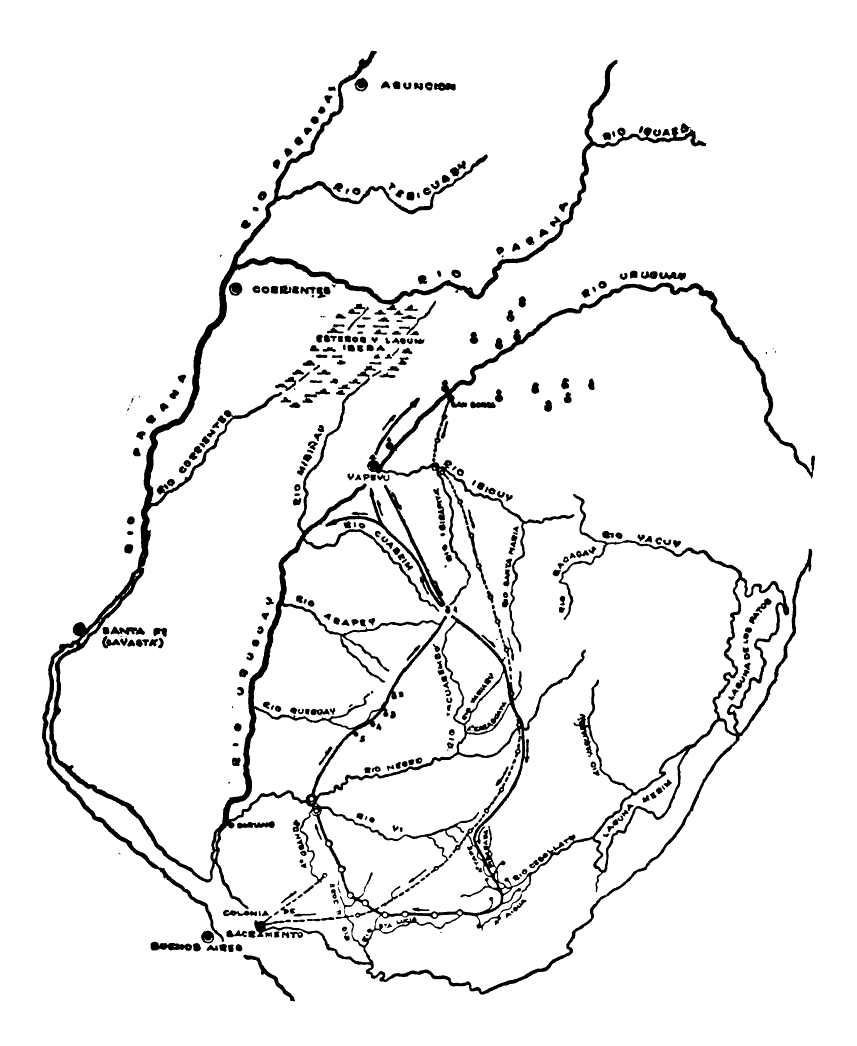
El día veinte y cinco de octubre tuvo el Hermano Silvestre orden de su Reverencia, el Padre Superior de Rojas, para salir de San Borja en demanda del río Negro a encontrar allí al Padre Juan María, que lleva otro camino.

Salí, pues, el veinte y cinco a las dos de la tarde, y llegamos a la estancia llamada San Borja, y paramos el lunes, fuimos al Buty, adonde empezó un *araí (tormenta),* que duró hasta el otro día por la mañana; y después salimos el día veinte y siete y llegamos al Caibaté, adonde aquella noche vino un *araí* furioso con rayos, y uno nos mató dos mulas, una de San Borja y otra de los Mártires, estando bien agarrada la una de la otra: duró el dicho *araí* aquella noche y el día siguiente todo el día. El día veinte y nueve salimos y pasamos el río Ibicuy, y paramos. Esta noche vino otro *araí,* que dura todavía hoy día treinta, por lo cual nos es forzoso parar. Acabó de llover a las cuatro de la tarde. El día treinta y uno salimos de este paraje y fuimos al Ibirapitá, el cual estaba bien crecido y con demasiada corriente; lo pasamos como pudimos, en pelotas, sin avería, gracias a Dios. El día primero de noviembre salimos, y vinimos a dormir a Itacorá. El día dos salimos, y vinimos a dormir en el Curucaguá. El día siguiente fuimos a comer y a dormir al Ibirapitá; de allí salimos el día cinco, y vinimos a comer y a dormir al Guazunambí, adonde a las tres de la tarde nos vino un airí grande, y en medio de él me vinieron a avisar los guanoas, que parecían dos fuegos y que eran de infieles; fueron a ver y a hallar ser así, se volvieron. Fueron por la mañana, y hallaron un caballo y ocho vacas: las trujeron y no el caballo.

El día seis salimos de Guazunambí, y vinimos a comer al paraje Tacuarembotí: el día siete vinimos a dormir cerca del Gaguaré.

El día ocho vinimos a parar a unas pampas cerca del arroyo Cuaragatá. El día nueve vinimos al río Negro: este día nos llovió todo el día, llegamos al río Negro, e iba creciendo y los indios temían de pasarlo, y querían hacer pelotas; y pareciéndome era mucha flema, lo pasé a caballo, llegando el agua hasta el cojinillo: fue pasando la gente y al hombro, encima de los caballos, las cargas; no hubo avería que haberme dejado caer en el río las árganas en que venía la escribanía, papeles y ropa; todo se puso cual digan duelos, y algunos trastecillos se perdieron, porque se abrieron las árganas.

El día diez vinimos a parar al Caraguaty, que es otro Caraguaty de esta banda del Río Negro. El día once vinimos a parar al Cabazú, desde adonde envié siete hombres en busca del Padre Pompeyo. Envié por cabo de ellos a Lázaro, el de San Miguel, porque dijo que era baqueano, y sabía adonde había de encontrar al Padre. Yo me fui a descubrir tierras, y lo que él hizo fue cogerse a toda su gente, la de San Juan y la de San Luis, con todas sus cabalgaduras y catorce cargas de yerba y a afufarlas. Cuando lo supe, envié detrás de él; no sé en qué parará. Yo paro aquí unos seis días, hasta tener nuevas del Padre Pompeyo; ayer vimos humo; unos dicen ser los guanoas infieles, otros que los vaqueros de San Lorenzo. Allá envié a gente a saber lo que es. No hay otra cosa por ahora, ni vacas; sólo hay algunas tropillas de toros. Por último, volvieron los que fueron a llamar a los capitanes de San Miguel, de San Juan y de San Luis,



VIAJE DEL HERMANO JESUITA SILVESTRE GONZALEZ
Y ARREOS DE GANADO (1705)

Replanteo realizado por el Ing. Agr. Esteban F. Campal (abril de 1966) según las referencias topográficas y de ubicación de los *"Corrales"* de los pueblos misioneros que brinda el "Diario de Viaje de 1705". Dibujo del Bach. Manuel Campal Dibarboure.

REFERENCIAS:

1) *Línea cortada:* Itinerario, con sus paradas, seguido por el H. González al frente de los cargueros de yerba y tabaco (unas 350 mulas de los diversos pueblos) para asistir a los vaqueros y tributar a los indios guenoas. Visitó la recién destruida Colonia del Sacramento, regresando hasta el cerro de Ibitichí (Cerro de Ojosmín?), desde donde pasa a asistir los diversos "corrales" de vaqueros, que ya estaban marchando con sus tropas de ganados hacia los pueblos de Misiones.

2) *Línea continua:* Probable camino de acceso a la Vaquería del Mar de los vaqueros yapeyuanos que eran los precursores de los arreos, con indicación de las recogidas de ganado cimarrón en la cuenca del río Cebollatí —núcleo principal de la Vaquería del Mar—, y camino de regreso con las tropas, señalándose las probables etapas de arreo en el primer período de marcha, luego el Paso del Puerto del Río Negro y por último los cinco puestos-postas (5, 4, 3, 2 y 1) del mapa del P. Nusdorffer, los que habrían comenzado a establecerse a partir de estos grandes arreos de 1705, dando origen poco después a los primeros rodeos de ganado manso que poblaron las costas del Queguay y Salsipuedes.

y dicen que no quisieron volver, ni darles ninguna carga de yerba; antes sí, que apretaron a correr con intento de caminar toda la noche. Yo bien pudiera alcanzarlos, pero temiendo mi natural a tamaña maldad, dejo de hacerlo y me iré como pudiere a hacer lo que me han mandado.

Aguardé al Padre Pompeyo hasta el domingo quince, haciendo diferentes correrías en su busca y, viendo no parecía ni habiendo respuesta de dos *(partes)* que le tengo escritos, salí dicho día quince; y vinimos a dormir a las cabezadas del Yirí, adonde fue la matanza de los yaros. Aquí se quisieron volver los dos guanoas que traigo, diciendo no podían venir por allí, porque todo estaba lleno de infieles; finalmente ellos vinieron, pero no quieren salir de noche ni de día de en medio de la tropa; todo se les va en tabaco y yerba, pues llevan ellos más que ningún pueblo; de las cargas de tabaco que he ido abriendo, una tenía cuatro manojos y otra seis, con que si a ese paso van las otras, tenemos buen despacho. La yerba es vergüenza decirlo, esto es de algunos pueblos, que los más bien han cumplido: pólvora es una lástima; ellos, los indios, la debieron de gastar. Finalmente el día diez y seis vinimos a otro arroyo, también cabezadas del Yiry. El día diez y siete vinimos a otro arroyo, también cabezadas del Yiry.

El día diez y ocho, a otro arroyo grande, también dicen cabezadas del Yiry. En esos cuatro días que hemos andado, es una inmensidad de ganado que hemos visto; dicen los indios que no se han atrevido los vaqueros a vaquear por aquí por miedo de los infieles. Por último, llegamos adonde han vaqueado los de la Concepción, los cuales se han retirado ya, y vaqueado muy de prisa, puesto que por aquí hay todavía mucho ganado. Paro en este paraje, y por la mañana envío por dos partes; por el rastro por donde han llevado el ganado, en busca de ellos, para coger lengua y noticias, para saber lo que tengo de hacer, según el orden que tengo, etc.

Volvieron el día veinte los que envié a buscar el corral de la Concepción, y con ellos seis indios de la tropa, los cuales me dicen no hay rastro de infieles, y que los guanoas estuvieron con ellos, y les dijeron que el Padre Pompeyo había llegado a su corral de San Lorenzo, y que desde allí se volvía a su pueblo, porque sus bueyes se le habían cansado, y que les había dicho no había de pasar adelante, y que todos los corrales de los vaqueros estaban hacia el mar y arrimados a la sierra, y que no había ninguno hacia el Uruguay, y que los guanoas habían tirado hacia San Gabriel, y que el corral de la Concepción quedaba ya atrás ocho leguas. Por lo cual intento dejar en dicho corral todas las cabalgaduras, flacas y cansadas, y parar mañana veinte y uno en demanda de los guanoas, y habiendo cogido noticias venirme de vuelta por todos los corrales, ayudándoles y dándoles priesa, de suerte que cojan cuantas vacas pudieren.

El día veinte y dos llegué al corral del Yapeyú. Ya había salido la una tropa con treinta y tantas mil vacas, y el día veinte y tres salió la otra con otras tantas. Tenía cada tropa setenta peones y mil caballos, sin las mulas. El lunes veinte y tres llegué a San Gabriel, y desde una loma estuvimos mirando y remirando, y vimos no había nadie y que tampoco había navío alguno ni embarcación alguna en el puerto. Con todo, cogí tres indios y me fui allá, y hallé no había rastro de persona viviente, ni en tierra ni en el Río. Anduve viendo aquello, y para el concepto que yo tenía hecho, me pareció una suma pobreza. Todo está demolido, menos las paredes de la iglesia, que son de cal y canto; en lo demás no hay nada en forma, ni aun que se pueda hacer juicio de lo que era, si no es quien lo vido antes. Estaría allí como medio cuarto de hora, y me volví adonde había dejado la gente antes; a los cuales hallé muy

tristes porque no veían vacas para comer. Tiramos hacia una ensenada que hace la mar, a ver si encontrábamos rastro de guanoas o de yaros, y no hallamos nada. Paramos, y eché de menos la gente del Yapeyú y la de Santa María. Pregunté por ella, y me respondieron no habían querido venir y que habían cogido otro camino para irse a sus pueblos. Eran ya las oraciones, y estaba lloviendo; pero, no obstante, cogí caballo, y fui y los alcancé, y truje al real. Lo que éstos y todos los indios me han dado que padecer no es creíble sino a quien lo viere; porque cada uno de ellos no quiere ir si no es a su corral y de otra manera van rabiando, matando los caballos, quedándose cada instante atrás, deteniéndose en cualquier arroíto. No es creíble de la manera que me torean.

Por último el día veinte y cuatro salimos de la ensenada en busca de vacas, que no las hay en diez leguas de distancia de San Gabriel para acá, ni un toro siquiera; al fin, habiendo pasado uno o dos arroyos por las cabezadas, vimos una tropilla, y fueron a coger, y se desmandaron algunos toros, y vino uno y lastimó dos caballos, uno de Santa María y otro de San Borja: y los indios estaban unos a caballos y otros a pie, mirando, sin querer moverse ninguno a espantar el toro o los caballos, antes sí, dando carcajadas de risa, viendo cómo corneaba el toro a los caballos, cosa que celebraron después mucho; digo que son unas almas de cántaro.

El día veinte y cinco salimos, y vinimos una legua adelante al cerro Ibitichí, adonde llegamos temprano, a vista o distancia de una legua de las vacas de la Concepción, que llevaban al corral; pero viendo que no llegaban las cargas, me puse a caballo en busca de ellas, y me anocheció sin poderlas hallar. No iba más que con un caballerizo, y me fue fuerza volver adonde había salido; y cuando llegué, hallé no había ya nadie, porque todos se habían ido al corral de la Concepción sin saberlo yo. Llegaron algunos indios y allí hicimos noche. Salimos por la mañana en busca de las cargas, y no las hallamos, ni parecieron hasta el día treinta por la tarde, porque los indios hicieron lo que suelen. Yo no tenía sobre la ropa interior más que la sotana, ni comida alguna: con que jueves, viernes y sábado ayuné a traspaso de sueño y comida, hasta que el sábado en la tarde llegó Marcos, el cual me había estado buscando de noche y de día, y no me pudo hallar. Hallóme por último y me dio un bocado. Juan Vera se ha estado en los corrales de la Concepción y de la Cruz con las cargas descansando y no haciendo diligencia alguna. Enviélo a llamar, y no pareció hasta el lunes por la tarde, y eso sin carga alguna. Envié por diferentes partes, y yo salí también por otra, y trujimos las cargas, que todas las habían desparramado, sin saber unos de otros por la inutilidad de Vera; y él pareció después sin carga ninguna. En fin, el día primero de diciembre conté el corral de la Cruz, y hallé no tenían más que veinte y un mil cabezas. Mandéles fuesen a otro paraje, hasta juntar a los menos treinta mil. Ese día pasé al corral de la Concepción, y al otro día conté, y no hallé más de catorce mil cabezas. Mandéles ir también a las cabezadas del Iyui a hacer más vacas, aunque sus caballos son pocos y flacos; no obstante habré de ir a ayudarles en lo que pudiere con mi gente.

El otro rodeo de la Concepción dicen está hacia el mar, en parte segura de infieles, y que tiene ya dobladas vacas que éste. El otro rodeo de la Cruz tiene ya veinte y seis mil vacas. Envié recaudo al teniente que juntase al número de treinta mil: y yo paro aquí en este paraje hoy y mañana, día de San Francisco Javier, y luego pasaré al corral de los Apóstoles, que no está muy lejos, que iré dando vuelta hasta despacharlos.

Estos días que anduvieron las cargas a su albedrío han hecho los indios lo que han querido de la yerba, y siendo así que era

poca qué quedaría, y en los corrales están pereciendo, y es fuerza darles. Eso, y otras cosas más que han menester, algunas en particular, algunos enfermos que están desnudos. Finalmente, en lo que puedo les ayudo, he ayudado y ayudaré. No parece rastro de infieles ni de guanoas: éstos, dicen, se han retirado hacia el mar con los vaqueros de por allá. Del Padre Juan María Pompeyo no tengo noticias ni tampoco de Lazarito de Torres *(¿Lazarillo de Tormes?)* el de San Miguel, ni de las catorce cargas de yerba que llevó; ni tengo noticias de los de San Juan y de San Luis que se huyeron con él, etc.

El día tres alcancé la tropa de la Concepción y ese mismo día pelotearon dos mil vacas, y dejé orden hiciesen así todos los días, hasta llegar al paso adonde los ayudaría con toda la gente, y fui en busca del corral de los Apóstoles, que no pude hallar. Con que pregunté a Vera y a los de la Concepción, si sabían el paso adonde habían de pasar el Chiri las vacas, y me dijeron que sí. Mandéles me guiasen y ellos se conchabaron con los demás, y me llevaron hacia el Piray, dos días enteros; hasta que Marcos reparó, y preguntó a otros indios si era por allí adonde el Padre había dicho. Dijeron que no y que Vera y los suyos me llevaban engañado, derecho a San Borja, y que ya no podía ver más la tropa. Avisóme Marcos de la picardía de Vera y los suyos; con que aquella hora volví atrás. Aquí fue la ira de Dios, cual reñí a Vera y a los suyos por la traición contra su mismo pueblo. Por último, alcanzáronme con dos horas de sol, y me dijeron venían los caballos cansados, con que me fue fuerza el parar. Paré, y el otro día paré, para que descansasen, y paré dos leguas de la tropa de la Concepción, para el otro día ir allá; cuando veo que, sin respeto ni temor, subieron a caballo treinta y dos indios, y se dividieron por aquellas lomas, y empezaron a correr, unos por aquí, otros por allá, a espantar de propósito la infinidad de vacas que por allí había. No lo pude sufrir, y mandé levantar el real a las dos de la tarde; y a los de la Concepción, como más culpados, les quité todas las cabalgaduras que yo les había prestado y les di orden que aguardasen allí hasta tener otro orden; y me vine a parar dos leguas de allí, desde donde los envié a llamar con Miguel Caire, de la Concepción. Volvió éste, y dijo que aquella misma que yo salí, salieron ellos hacia la tropa de vacas, y que les dio el recaudo de mi parte, y que no quisieron venir. Díjome como me enviaba a pedir yerba y tabaco el capitán de la tropa, porque lo que les di se les acabó; y puesto que no hay ni dos leguas de adonde estoy parado, envío a llamar a dicho capitán para informarme a boca y tomar el expediente que más les convenga. Envié también a llamar otra vez a Juan Vera, y a cuatro que se fueron con él, y caso que no quisiese venir, que me enviase una carga de tabaco, que les quitó a los de San Borja, después que yo me vine, diciendo que era de su pueblo, y que yo no tenía que hacer ni que ver con ella, y que me enviase diez y seis varas de bechará, que les había dado a guardar, después de haberles dado a cada uno de ellos cinco varas; y que enviase cuatro libras de perdigones que le había entregado. Vino el capitán de la tropa, y díjele lo que había de hacer y adonde había de juntar, hasta el número de treinta mil vacas. Dile una carga de tres arrobas de yerba y veinte manojos de tabaco, y antes le había dado ocho y dos veces yerba y tabaco a toda la gente, y a cada uno dos agujas, y un poco de sal, y curádole un indio herido de un toro, y dádole a éste cuatro varas de bechará para que se tapase bien: en fin, fue contento y agradecido dicho capitán.

Juan Vera respondió no quería venir ni dar el tabaco ni el bechará, y que la munición la había gastado, y que tampoco quería que viniese ninguno de los cuatro indios que allá tenía.

Ha cuatro días que envié al capitán de los Apóstoles con otro indio, a buscar sus corrales, y no han vuelto, y salgo hoy día ocho en busca de corrales y capitanes, y los encontré el día nueve las dos tropas unidas. No hallé a los capitanes de las tropas que se habían alejado en busca de vacas. Conté el día diez el ganado y hallé no haber más que quince mil seiscientas cabezas de año para arriba, lo más de año y de dos; pero flaquísimo, cayéndose, porque adonde estaban no había pasto, ni poco ni mucho; y a más de éste, estando yo presente, encerraron el ganado a las once y media del día, habiéndolo sacado al pasto a las ocho del mismo día. Finalmente, el día diez lo conté, y viendo que era imposible, que si de aquella manera lo tenían dos días más, se había de morir todo, les mandé buscasen un rincón con pastos y las tuviesen allí hasta que llegase el capitán, a quien envié a buscar, con orden de que viniese él solo, y que al otro capitán con la gente lo dejase cogiendo vacas para otra tropa; y él, para que despache éstas, que vaya caminando poco a poco, adonde tienen orden de que camine; y también envío desde aquí orden a los de la Concepción para que, adonde los deje, pues hay tantas vacas y bastantes pastos y buenas rinconadas, junten hasta el número de treinta mil cabezas, y envío a Miguel Caire con otro para que les diga adonde hemos visto mucho ganado para que allí cojan, como cogerán, porque les he dado la orden que pastan la tropa, y que con el ganado ligero vayan cogiendo vacas sobre él, y que el otro flaco lo vayan trayendo poco a poco; y así lo han hecho; y ya como lo hice sacar al corral, van volviendo en sí, porque comen de noche y de día. Envióles también a decir adonde los aguardo el domingo trece, para ayudarles en lo que fuere menester. Y yo mientras tanto ando corriendo la tierra, me voy dos leguas de aquí a poner el real, en un valle grande que vimos ayer, para desde allí hacer correrías y aguardar la resulta del capitán de los Apóstoles y del de la Concepción. El día nueve por la noche nos llovió estupendamente desde las cinco de la tarde. El día diez envié al capitán de los Apóstoles a ver la tropa, y a ver si parecía el capitán de ella, y también envío a lo mismo otros dos, hacia donde están los de la Concepción.

Ahora me dicen los indios del Yapeyú que si no despacho luego la tropa de los Apóstoles, no ha de llegar allá ganado alguno, y que todo se ha de morir. Y yo no me atrevo, porque no conozco los indios, y no sé cuál es de confianza ni cuál no; y más habiendo experimentado, cuando conté el ganado, que a la puerta del corral se pusieron solos tres de ellos para ayudar y que fue menester que viniesen mi gente a atajar y a espantar, y ellos se estaban en sus fogones, y porque los reñí, unos se fueron a la pampa y otros se metieron al corral, y esto después de haberles dado, a todos los que parecieron, yerba la tarde antes y una carga de ella, y tabaco que les quería dar. No se la he dado hasta que venga el capitán, a quien se la daré, con lo demás que hubieren menester y yo tuviere. Vino el capitán de la tropa de los Apóstoles, y le pregunté cuántas vacas habían recogido, fuera de las de la tropa, y me respondió no llegaban a mil. Preguntóme cuántas había contado, díjele que quince mil y quinientas, y díjele también cómo era menester despachar luego aquella tropa, y que él con la mejor gente y mejor caballada se quedase a hacer otra tropa. Parecióle bien, y pidióme yerba y tabaco: enseñéle una carga que tenía que darles y treinta manojos de tabaco, pero que no les daría hasta ver la tropa caminando, que entonces les daría para que repartiesen entre los que se quedaban y se venían con la tropa. Fui, tomé, pero no les di más que seis mates de yerba y dos manojos de tabaco, y lo despaché a que despachase la tropa, la cual quiero yo hacer pasar el Río Negro y después dejarla que vaya pian pian, pues del río adelante hay pastos y por

aquí no los hay. Dejo de poner aquí las preguntas y respuestas sobre haber o no cogido más vacas; porque nunca es acabar; aunque puse no más que quince mil y quinientas vacas, llegan casi al número de diez y siete mil. Y más de dos mil terneras: pero veo las tales, que me parece imposible que dejen de morirse muchas, por lo flacas que están. Dice el capitán que es peste: a que respondí, ¿qué más peste que tres meses de encierro de noche y de día y sin pastos? Finalmente, allá fue a despacharla. Y yo me quedo aquí, aguardando la resulta de los de la Concepción. Dios los traiga a los unos y a los otros, para que los ponga de la otra banda del Río Negro. Ya van fuera dos tropas del Yapeyú y dos de la Cruz, y según entiendo habrá ya pasado por arriba la una de la Concepción, del capitán Ñaca, a quien por más que he hecho, no he podido ver, porque me dicen se fue hacia la sierra, adonde están todos los demás. El día once paré a aguardar la tropa de los Apóstoles, que llegó, y le dejé en buen paraje de pastos, y adonde hay mucho ganado que pueden coger; y yo me voy al paso a aguardarlos.

Volvieron los que fueron a la tropa de la Concepción, y dicen es muchísimo el ganado que han cogido adonde les señalé y que hay mucho que coger, y que quieren cumplir el número que les señalé de treinta mil. Vino con ellos Vera solo, pero sin el tabaco y sin el bechará, que dice no sabe qué se ha hecho; con lo cual alcé el real, y me fui al paso, adonde me alcanzó un chasque del Padre Pompeyo, su fecha de quince del mes pasado, adonde me señala que nos veremos: por lo cual le despacho al paraje, los pueblos de San Borja, del Yapeyú, Santa María y San Javier; y le escribo a su Reverencia; no voy yo, porque me dicen sus indios se retiró ya su Reverencia al rodeo de sus vacas, para caminar con ellas a su estancia, y que para lo que se le ofreciere, le envío aquellos indios, los cuales llevan orden de si no encontraren al Padre en el sitio que señala, se vayan a San Borja por el camino por donde fuimos cuando entramos en la vaquería. Llegó este día un indio de los Apóstoles, que dice ser el secretario, el cual dice que no quiere que las tropas vayan divididas sino juntas y caminar. Instéle una y más veces, y dice que no quiere, si no es que vayan todas juntas. Díjele como ya había quedado el capitán en dividirlas: dice que no importa, que él no quiere sino que vayan juntas, y que ya han cogido, a más de las que conté, bastantes, y que caminarán; y por más que le he dicho, no le hace fuerza. Enviéles una carga de yerba y catorce manojos de tabaco; y pasé el Río Negro. Tres leguas antes quedan las dos tropas de la Cruz descansando: después de ella viene la de la Concepción y la última, la de los Apóstoles. Paré el día trece, y el día catorce alcancé la tropa de Jesús y María en el Caranday. El día quince salimos nosotros y la tropa que se quedó atrás: caminamos el día diez y seis y diez y siete, y el diez y ocho paramos porque dicen se han quedado algunos indios con caballos cansados. El día quince les entregué a los de San Nicolás treinta vacas para el camino, y al otro día por la mañana me alcanzaron, sin vaca ninguna. Preguntéles por ellas, y respondieron que se les habían ido. Díjeles que por qué no habían ido detrás de ellas, y respondieron que no parecían, y otras tonteras a este modo, que no son para aguantar, porque luego se remiten a que no saben, que no parecen y se quedan tan frescos como si no hubieran hecho nada, y se ríen y se les da de todo tres bledos. Que me enoje o no me enoje, nada, nada se les da, antes parece lo hacen de propósito, como entiendo lo hacen; y siendo así que vienen sin carne y que me han obligado a darles dos veces bizcocho, no hay forma de hacerles salir una vaca; hasta que ayer tarde mandé a los de los guanoas que fuesen; los cuales fueron con uno de los Mártires, y en menos de una hora trujeron lo que pudieron de una vaca, y lo

demás lo dejaron, porque dicen no hay quien la traiga; pero a nada se menean los guaranís. El día diez y ocho apenas se meneó, y de mala gana, uno de cada pueblo, con los guanoas, a ir a matar vacas. Es notable la pereza que ha entrado en ellos: ellos no querían otra cosa sino que nos quedásemos toda la vida allá dentro de la vaquería, adonde hay muchas vacas y jabalíes, para correr y matar caballos y jabalíes y vacas de balde no más: matar por matar, y estarse durmiendo y comiendo.

Van con nosotros tres indios guanoas y una india infiel: ésta la trae un indio de los guanoas, que ha mucho que se huyó de San Borja, y la he catequizado, y la trae para bautizarse y casarse con ella. Conque son cinco indios guanoas, y con la india seis, los que vuelven; siendo así que no salieron de San Borja más que dos.

En todo cuanto hemos andado, que ha sido mucho, no hay rastro de tales yaros ni otros algunos: sólo si las dormidas de los guanoas infieles; pero a ellos ninguno. Hay muchísimo ganado, en particular en muchas ensenadas en donde han entrado a vaquear y adonde han vaqueado, se vuelve a llenar. Sólo de San Gabriel para acá en diez leguas no se ve vaca ni toro ni rastro. Vimos algunas chácaras de trigo, de lo que habían sembrado los portugueses, y es una bendición de Dios lo bueno que está.

Los pastos en la vaquería ya se han acabado en lo más de ella; no tiene que hacer esta vaquería, con la bondad en un todo, con la de los Pinares, así en los pastos, como en las aguadas, como en las rinconadas, en el camino y en lo cercâ, y en la comodidad; y también en la comodidad de hacer las vacas y el poder ver desde luego adonde las hay. Algo más fría sí es que ésta, porque es tierra más alta, pero mucho más amena.

Concuerda con su original.

Silvestre González

CARATULA: Sobre dibujos de Domingo Ferreira

Cuando los vaqueros eran indios comandados por entrenados e intrépidos sacerdotes, todo el Uruguay fue la inmensa, fabulosa Vaquería del Mar de donde surgió la riqueza que permitió el "milagro de la selva": iglesias imponentes, vastas poblaciones, una organización basada en el viejo comunismo cristiano. Dos jesuitas cuentan esta casi inverosímil historia, a comienzos del siglo XVIII.



Impreso en Uruguay en Impresora Uruguaya Colombino S. A., Juncal 1511, Montevideo. Diseño, Artegraf. Edición amparada en el Art. 79 de la ley Nº 13.349. (Comisión del Papel). Junio de 1968.